

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

Cuaderno 32 de ocho entregas

MADRID

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47
2248

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.

Angela había sido tan pobre y tan desgraciada, que no había dejado un retrato á su hijo.

Pasó la vida en un pueblo, sola con su dolor, con Daniel y con sus recuerdos, y nunca se le ocurrió que su imágen se fotografiara en otro sitio que en el corazón de su hijo.

¿Pero qué falta le hacia á Daniel el retrato de Angela, cuando le llevaba grabado indeleblemente en el alma?

La habitacion que había elegido se hallaba llena de recuerdos, todos muy queridos para él.

Allí estaba el viejo sillón de baqueta donde había muerto su madre; la mesa de pino pintada de color de caoba sobre la cual había escrito sus memorias, y el antiguo tintero de bronce, con las mismas plumas de que se había servido para referirle su amarga historia, todo el doloroso poema de su vida.

Daniel cerró la puerta, tenia necesidad de estar solo; y arrodillándose junto al viejo sillón, lloró amargamente.

¿Cuánto tiempo permaneció en aquella dolorosa actitud?... No lo supo nunca, porque aquella noche fué una noche de recuerdos dolorosos, en que no existió más que entregado al ayer.

Por fin se levantó, y enjugándose los ojos, se dijo:

—Sólo se sabe lo que vale una madre después que se ha perdido para siempre; y entonces, cuando ya es tarde, recordamos las lágrimas que la hemos hecho verter, y se siente un gran dolor en el corazón y el remordimiento terrible en nuestra conciencia.

Daniel se paseó con la frente inclinada sobre el pecho por la habitación, sin ocuparse en la hora que se encontraba.

Luego, cuando cansado de los prolongados paseos, entró en la alcoba para acostarse, vió sobre el lecho una imagen de Cristo enclavado en el sublime madero.

Todas las noches, su madre besaba respetuosamente los piés del Cristo, recomendándole á Daniel.

En la mesa de noche se encontraba el devocionario de su madre, y suspendida de un clavo una pequeña pila de agua bendita de porcelana, que terminaba con la figura de un ángel con las alas extendidas.

Aquel ángel le recordó las palabras que su madre le decía todas las noches:

—Daniel, este es el Ángel de la Guarda que vela el sueño de los hijos que son buenos; procura no ofenderle nunca, para que siempre te proteja.

Daniel, fatigado por tantas emociones, besó los piés del Cristo y se acostó.

Durante una hora, el sueño le fué rebelde; pero por fin sus párpados se cerraron dulcemente, y comenzó para él la muerte diaria, que da fuerza y vigor al cuerpo.

Aquella noche, Daniel vió en sueños á su madre, que sentada bajo un dosel de resplandeciente luz en el Paraíso, le miraba sonriéndose y le decía:

—Dios no olvida á los buenos.

¡Ah! ¡el sueño! ¡dulce consuelo de las almas que no se han visto nunca turbadas por las terribles inquietudes de los remordimientos! ¡El sueño! ¡terrible ex-

piacion de las conciencias envenenadas por el crimen!

Los labios de Daniel se entreabrian dulcemente durante aquellas horas de reparadora tranquilidad, porque su conducta habia sido noble, porque su corazon latia tranquilamente satisfecho de la obra que acababa de llevar á cabo.

La pompa mundana, la ambicion que perturba, la vanidad de la tierra, habian sido vencidas por los generosos impulsos de su alma; su sueño, pues, era tranquilo y reparador como el del justo.

EL SOBRINO DEL MILLONARIO

hacion de las conciencias envueltas por el crimen! Los labios de Daniel se entreabrían dulcemente durante aquellas horas de reparadora tranquilidad, porque su conducta habia sido noble, porque su corazón habia tranquilamente satisfecho de la obra que acababa de llevar á cabo.

La pompa mundana, la ambicion que perturba, la vanidad de la tierra, habian sido vencidas por los generosos impulsos de su alma; su sueño, pues, era tranquilo y reparador como el del justo.

—Daniel, Daniel, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer...

—Daniel, Daniel, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer...

—Daniel, Daniel, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer...

—Daniel, Daniel, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer...

—Daniel, Daniel, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer...

—Daniel, Daniel, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer, al despertar al amanecer...

LIBRO SEXTO

EL SOBRINO DEL MILLONARIO

LIBRO SEXTO

EL SOBRINO DEL MILLONARIO

CAPÍTULO PRIMERO

Donde se da cuenta de una embajada

El conde de la Fe habia aceptado la invitacion que para comer le habia hecho su antiguo amigo don Joaquin de Labra.

El reloj acababa de dar las seis de la tarde, y Ernesto no parecia.

—Los jóvenes no tienen nunca prisa,—decia don Joaquin, como queriendo disculparse con su amigo, pues le habia dicho que comerian á las seis.

—Querido Joaquin,—añadió el conde,—es preciso que tengas presente, que tu sobrino ha ido nada menos que á Chamartin á hacer una visita á su futura suegra.

—Sí, sí; pero desde las dos que salió de casa, y llevando un buen caballo en el cabriolé...

—Calma tu impaciencia, porque te prevengo que me es completamente igual comer una hora más tar-

de. Además, he pasado el tiempo muy entretenido viendo tu coleccion de pipas.

—¡Oh! en cuanto á eso estoy orgulloso, y me atreveria á apostar algo que nadie me gana.

—Con seguridad ganarias,—añadió el conde riéndose,—porque sólo un loco como tú se gasta tanto dinero en esos apéndices del cigarro, que para nada sirven.

—Veo que eres un profano, y por eso no me ofendo.

—Más vale así.

—Sabes, querido Fernando, que siento haberte convidado á comer,—repuso don Joaquin cambiando de tono.

—¿Y por qué?

—Porque es un mal día.

—No comprendo.

—Figúrate por un momento que la marquesa del Rádío no acepte á mi sobrino por yerno.

—¿Qué razones tienes para creer eso?

—Ninguna, pero la desconfianza es en mí muy natural.

—Tu sobrino se presenta bajo la proteccion tuya, que posees una gran fortuna, y el dinero es el soberano poder del siglo.

—No tengo herederos, y si Ernesto se porta bien, no le olvidaré en la hora de la muerte.

—Aunque no sea más que por gratitud, creo que se desvivirá en complacerte.

—Tanto mejor para él en ese caso.

En este momento se abrió la puerta de la habitación donde se hallaban los dos amigos, y se presentó Ernesto.

Bastaba verle el rostro para adivinar que venia contento.

Abrazó á su tío, dió la mano al conde, y sentándose en una butaca con el abandono del que se halla fatigado, dijo:

—Pido á ustedes perdon por mi retraso; pero debo decir que la culpa no es mia.

—¿Y qué tal la señora marquesa?...—preguntó don Joaquín con marcado interés.

—La señora marquesa me ha recibido con mucha amabilidad, y aunque le ha causado una gran sorpresa el motivo de mi visita, tengo la esperanza que se convierta con el tiempo en mi protectora.

—Pero eso es muy ambiguo,—repuso el conde.

—Sí, muy ambiguo,—añadió don Joaquín;—debía haberte dicho que sí ó que no.

—Querido tío, tengo esperanza que me concedan la mano de Clotilde.

—Sí, en buen hora,—contestó don Joaquín interrumpiéndole;—cuando un sobrino de un millonario que se halla en tus condiciones pide la mano de una muchacha, debe la mamá de la niña contestar resueltamente que sí, porque todos los dias no se halla un marido rico, ni para un remedio.

—La marquesa, querido tío, como he dicho hace poco, me recibió con mucha amabilidad, y al dirigirme mi petición, despues de algunos instantes de medita-

cion, me dijo que estaba decidida á secundar mis deseos; pero que nada podia decirme en definitiva hasta que su hija no volviera de Ginebra, pues no quiere violentarla en lo más mínimo.

—De lo que se deduce,—repuso el conde, tomando parte en la conversacion,—que la madre se halla en buenas disposiciones; pero reservada y prudente, no quiere soltar prendas.

—Por lo que será preciso esperar la llegada de Clotilde.

—Indispensablemente.

—Pues entonces vamos á comer, que es lo más importante.

Don Joaquin se cogió del brazo del conde, para conducirle al comedor.

Ernesto les siguió.

Cuando el camarero sirvió la sopa, don Joaquin dijo:

—Pues, señor, sigo no explicándome el matrimonio. ¡Es tan hermosa la libertad de soltero!... ¿No es verdad, conde?...

—Sin embargo, Ernesto piensa de distinto modo, y es preciso respetar sus resoluciones,—contestó el conde.

—¡Ah, querido tío, si usted conociera á la hija del general Lostan!—añadió Ernesto.

—Sí, sí, ya supongo que será una preciosidad en cuerpo y alma, una hurí, una mujer sin tacha, todo lo que quieras; pero la cruz del matrimonio es verdaderamente abrumadora.

—Cuando el amor une á dos almas, llevan la cruz juntos, y apenas se siente su peso.

—Yo me alegraré que así suceda; pero en tu lugar no venderia por nada del mundo mi libertad de soltero.

—Querido tío, la vida de soltero me ha arruinado y me ha hecho apurar el amargo cáliz de los desengaños. Estoy harto de tratar á mujeres sin corazon, que venden su amor y aman con más ó ménos vehemencia, segun lo desprendido ó dadivoso que es el amante. Deseo, pues, entrar en esa vida dulce y pacífica del matrimonio, de la familia, de la calma. Si Clotilde me ama, si acepta mi mano, no hay remedio, me caso, si usted no se opone á ello.

—¡Oponerme! De ninguna manera. Sólo os exijo que no me abandoneis, que vivais conmigo, comiendo á mi mesa un par de veces todas las semanas.

—Acepto la imposicion con mucho gusto.

—¿Pero tú no dices nada sobre el matrimonio?—añadió don Joaquin dirigiéndole la palabra á su amigo.

—¡Qué quieres que diga sobre el matrimonio un soltero, sin profanar con inexactitudes el tálamo nupcial, que no conoce! ¡Ah, querido Joaquin, á mí no me gusta hacer como aquella poetisa medrosa y enferma que se puso á escribir las batallas de Napoleon sin contar con sus nervios, y una noche cayó desde el techo una araña microscópica sobre el papel donde escribia, y se desmayó de susto! Así pues, como no entiendo una palabra de la vida íntima del matrimonio, porque nunca he sido casado, prefiero comer y oír; pues

de este modo satisfago las necesidades del estómago, y aprendo algo con vuestra conversacion.

—Eso no es otra cosa más que un recurso, ó por mejor decir, un pretexto para no dar tu voto en esta materia,—añadió don Joaquin.—Generalmente saben más los solteros que los casados de la vida del matrimonio, pues ellos son la mayor parte de las veces causa de esos dramas íntimos que tienen por escenario el hogar doméstico.

—Te prevengo, querido Joaquin, que es algo inconveniente hablar de cosas dramáticas cuando se come, porque se puede tener una mala digestion.

—Sí, sí, el conde dice bien; comamos,—repuso Ernesto.

—Comamos enhorabuena; pero propongo un brindis á los postres en favor de los solteros que han tenido bastante valor para librarse de esa vulgaridad tiránica, llamada matrimonio.

—Querido tío,—añadió Ernesto,—yo espero que usted me dispensará de ese brindis, porque está en contraposicion de mis ideas.

—Quedas dispensado.

—Cuando el amor embarga el pensamiento de los jóvenes, la idea del matrimonio no cesa de dar vueltas por dentro del cráneo,—dijo el conde.—Dejemos, pues, á Ernesto que piense en la luna de miel, porque no hay nada tan odioso como la tiranía doméstica.

—Forzoso será que me declare vencido, puesto que sois dos contra mí,—añadió don Joaquin.—Conste, pues, que cedo ante la fuerza, no ante la razon.

La comida continuó alegremente.

A los postres, don Joaquin, con una copa de Champagne en la mano, brindó contra el matrimonio, que, segun sus teorías, era la mayor de las calamidades.

Ernesto aplaudió el brindis de su tío, y en contraposición de sus palabras pronunció un discurso para enaltecer el amor purísimo de las esposas y la santa abnegación de las madres.

A las diez de la noche el conde de la Fe pidió el carruaje.

Don Joaquin dió un abrazo de despedida á su antiguo amigo, y Ernesto fué á acompañar al conde.

Cuando el millonario se quedó solo, llamó al negro Zulma, y ambos se pusieron á jugar una partida de ajedrez.

CAPÍTULO II

Correspondencia

El apoderado general de los marqueses del Rádio vivia en Madrid en la misma casa de sus señores, y fué grande su sorpresa al recibir las dos cartas que á continuacion copiamos:

«Mañana salimos de Paris en el tren-correo; mande usted, pues, un carruaje á la estacion del Norte á la hora de llegada.

»El general,

LOSTAN.»

La otra decia así:

«Esta tarde me trasladaré á Madrid; que estén dispuestas mis habitaciones.

LA MARQUESA DEL RÁDIO.»

Don Andrés (pues este era el nombre de pila del apoderado) llamó al jefe de la caballeriza, y le leyó la carta del general, añadiendo:

—Creo que no tengo nada más que decir á usted; ya sabe usted que al señor general le gusta que le sirvan con exactitud; estará usted en la estacion con una carretela una hora antes de la llegada del tren.

Don Andrés despidió al cocheró jefe, y llamó á doña Marta, encargada de la ropa y del aseo de la casa.

—La señora marquesa,—le dijo,—llega esta tarde; que no falte nada en sus habitaciones.

—Pues qué, ¿va á pasar el invierno en Madrid la señora?—preguntó Marta.

—Sólo sé que viene; pero ignoro el tiempo que permanecerá aquí.

Y don Andrés, que era hombre de pocas palabras, indicó con la mano á doña Marta que podia retirarse.

El anuncio de la repentina llegada de la marquesa causó alguna inquietud á don Andrés, pues conociendo el carácter de su señora, pensó que no habian de faltarle disgustos al general.

A las cinco de la tarde llegó la marquesa, acompañada de doña Mercedes y una doncella.

Don Andrés la acompañó hasta sus habitaciones, y despues de los primeros cumplidos y decirle que podia cuando gustase pedir la comida, la dijo que habia recibido aquella misma mañana carta del general, que desde París le decia que llegaba á Madrid al dia siguiente, encargándole le mandara un carruaje á la estacion.

—Está bien,—contestó la marquesa;—avíseme usted á la hora: quiero yo tambien ir á recibir á mi hija.

Don Andrés se retiró, y la marquesa se quedó sola con doña Mercedes.

—Ya lo ve usted,—dijo la marquesa;—mi hija no se ha dignado escribirme anunciándome su llegada.

La aya de Clotilde guardó silencio, porque creyó justa la reconvención de su ama.

Pero como si estas palabras hubiesen tenido el poder de un talisman, la voz de una doncella se dejó oír en la puerta, pidiendo permiso para entrar.

—Adelante,—dijo doña Beatriz;—¿qué ocurre?

—Un hombre acaba de llegar de Chamartin, y trae una carta para la señora marquesa.

Y la doncella la entregó á su señora.

—¡Ah!—dijo doña Beatriz,—es de mi hija. Me alegro infinito engañarme al creerla olvidadiza.

Y rompiendo el sobre, se puso á leer en voz baja lo que sigue:

«Madre mia: por fin partimos mañana para España, y muy en breve tendré la inmensa dicha de estrechar á usted sobre mi corazón.

»Mi padre se halla completamente restablecido, si bien se ha apoderado de él una tristeza, que me inspira serios temores.

»¡Ah!... Si usted fuera tan buena, que olvidando pasados resentimientos, abandonara su retiro de Chamartin para vivir con nosotros...

»Hace á una hija tanta falta su madre, que me desconsuela y entristece la idea de vivir separada de aquella á quien debo el sér.

»La causa que impuso á usted un destierro volun-

tario, puede decirse que no existe. Un poco de valor, madre mia, y la felicidad tornará de nuevo á brillar en nuestro hogar doméstico.

»Mi mayor ventura será verla á usted á mi llegada á Madrid.

»La ama á usted con todo su corazon, su hija,

CLOTILDE.»

La marquesa dominó la emocion que la lectura de la carta la habia causado, y notando el gran interés con que la miraba doña Mercedes, la dijo:

—Es de Clotilde... puede usted leerla.

Doña Mercedes leyó la carta, y á la tercera línea tenia los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah! ¡qué alegría para la señorita!—exclamó doña Mercedes;—¡qué alegría tan grande cuando vea á la señora marquesa en la estacion, y sepa que está resuelta á vivir en Madrid. Porque, despues de todo, de nada de lo que ha sucedido tiene la culpa la señorita Clotilde.

La marquesa, que se habia sentado en una butaca, dejó caer la frente sobre el pecho, y guardó silencio.

Doña Mercedes creyó prudente no interrumpirla; calló tambien, y fué en silencio á sentarse á uno de los extremos de la habitacion y á esperar desde allí las órdenes de la señora.

Al dia siguiente la marquesa se despertó cuando el

alba comenzaba á nacer por el Oriente. Tiró del llamado de la campanilla y se presentó doña Mercedes.

Al ver entrar á aquella noble y buena anciana, le dijo:

—Pues qué, ¿no se ha acostado usted esta noche?...

—Sí, señora; pero como no podía dormir, me levanté á esperar el día,—contestó Mercedes.

—¿Ama usted mucho á Clotilde, no es verdad?

—La amo con todo mi corazón.

—¿Y temia usted llegar tarde al ferro-carril?

Doña Mercedes se sonrió.

—Diga usted,—añadió la marquesa,—á mi doncella que entre á vestirme, disponga usted que me entren una taza de té y que enganchen mi carretela para las siete ménos cuarto. Usted me acompañará á recibir á Clotilde.

Doña Mercedes salió, pensando que su ama habia cambiado notablemente de carácter desde la tarde que el señorito Daniel fué á hacerla una visita.

Mientras esto tenia lugar, el tren *expres* se acercaba á Madrid.

En un departamento de un coche de primera, se hallaban cuatro personas conocidas de nuestros lectores: el general Lostan, Clotilde, el doctor Samuel y Julio de Monforte.

En el mismo tren, pero en otro departamento, iban Santiago y la doncella de Clotilde.

El general apenas desplegaba los labios. Trataba estarse recatado en uno de los rincones del coche, fingia dormir por no tomarse la molestia de hablar, y esto

era un obstáculo para el buen humor de los demás viajeros; bien es verdad que todos ellos tenían hartos motivos para no estar alegres.

La situación era molesta para todos, y tenían gran deseo de llegar al término de su viaje.

A manera que el tren se iba aproximando á Madrid, era más sombrío el silencio del general.

Clotilde le dirigía frecuentes miradas de ternura, á las que el general solía contestar con una sonrisa imperceptible.

Cuando llegaron á Pozuelo, estacion que precede á la de Madrid, el general exhaló un profundo suspiro, y Clotilde, que se hallaba á su lado, le dijo en voz baja:

—¡Valor, padre mio!

—¡No ha de faltarme, Clotilde, yo te lo juro!

El general y Clotilde estaban muy lejos de sospechar que la marquesa les esperaba en la estacion.

Conocido el carácter de doña Beatriz, si alguno les hubiera dado tan buena noticia, no le hubieran creído.

Cuando la locomotora silbó anunciando que iba á entrar en la estacion de Madrid, el doctor Samuel le dijo:

—Señor general, ya hemos llegado á Madrid, y como es probable que hoy mismo parta para mi pueblo, me despido de ustedes desde este momento, y ofrezco á ustedes mis servicios en Horche, adonde pienso vivir retirado hasta que Dios me llame para juzgarme.

—Pues qué, ¿no quiere usted descansar algunos dias en mi casa, doctor?—le preguntó el general.

—Usted se halla restablecido, no necesita afortu-

nadamente de médicos ni boticas; yo tengo mucha prisa por llegar á mi casa.

—Pues bien, doctor; aunque parta usted esta misma noche, yo le ruego que descanse en mi casa algunas horas.

—Imposible, general; iré á casa del doctor Mendez, á quien tengo precision de ver antes de partir para el pueblo.

—Como usted guste, doctor,—contestó el general, un tanto ofendido por la negativa.

En este momento el tren llegó á la estacion, y Clotilde, que se habia asomado á la ventanilla, no pudo contener un grito de gozo.

—¿Qué es eso?—preguntó el general.

—¡Ah, mi madre ha venido á recibirnos!—exclamó Clotilde.

—¡La marquesa!—repuso el general.

—¡Sí, ella, ella!... ¡allí está!

Y Clotilde, bajando precipitadamente del coche, fué á arrojarle loca de alegría en los brazos de su madre.

El general estaba pálido como un cadáver, temblaba, y ni podia darse cuenta de la emocion que sentia.

Se acercó á su esposa, que besaba llorando á su hija, y la saludó respetuosamente.

Doña Beatriz le tendió una mano, diciendo:

—Buenos dias, general.

Y antes de darle tiempo para reponerse de la sorpresa que aquel recibimiento le causaba, añadió:

—Vamos, el coche espera.

Y cogida de la cintura de su hija, la condujo hasta el coche.

El general caminaba detrás.

Cuando subieron al coche, Clotilde, que estaba loca de alegría, volvió á arrojarle en los brazos de su madre llorando.

—¡A casa!... ¡á casa!...—dijo doña Beatriz al lacayo, que esperaba órdenes junto á la portezuela.

Los caballos partieron al trote.

El general guardaba silencio; pero se sentia vivamente conmovido, sin poderse explicar el notable cambio de su esposa.

De repente Clotilde se acordó de Julio, de quien no se habia despedido, y asomó la cabeza por la portezuela; pero no viéndolo, volvió á ocuparse de su madre, cuya conducta la tenia encantada.

CAPÍTULO III

Nuevas dificultades

Una hora despues, Clotilde y la marquesa se hallaban solas en un gabinete, sentadas en un mismo sofá y con las manos cogidas.

El general, que se sentia algo molestado por el viaje, se habia retirado á sus habitaciones.

—¡Ah!... yo quisiera demostrar á usted, madre mia, el placer que experimento en este instante,—exclamó Clotilde, mirando á la marquesa con los ojos llenos de lágrimas;—á manera que iba acercándome á Madrid, se iba entristeciendo mi corazon y oprimiéndose mi espíritu; pero al verla á usted en el anden, mi alegría fué inmensa, porque la presencia de usted era la prueba de la reconciliacion que tanto he deseado.

—No me agradezcas á mí sola el paso que he dado,—contestó doña Beatriz sonriéndose,—pues no me gusta recibir los aplausos que merecen otros.

—¿No comprendo á usted?—añadió Clotilde con ingenuidad.

—Por mí sola, tal vez me encontraria á estas horas en Chamartin, sin haber tenido el gusto de abrazarte.

Y como Clotilde se quedase mirando á su madre, esta añadió:

—Hace dos dias, vino á hacerme una visita á mi destierro de Chamartin, un jóven por el que tú te interesas mucho.

—¡Ah, era Daniel!... ¿no es verdad, madre mia?...

—Sí, Daniel fué, y seria muy injusta si no reconociera las bellas cualidades de ese jóven.

—¿Y por qué no dice usted de mi hermano?

—Tienes razon, puesto que le pertenece por parte de padre ese nombre.

—Estoy segura, madre mia... estoy plenamente convencida, de que en cuanto tratase usted á Daniel, acabaria usted por amarle como á un hijo. Dificilmente se encontrará en el mundo un jóven más generoso y que abrigue en el alma más bellos sentimientos. Pero si usted se ha reconciliado con él, ¿por qué no se hallaba en la estacion á mi llegada?

—Porque Daniel, segun creo, salió de Madrid la misma noche del dia que vino á visitarme.

—No ha querido esperarme... se marchó de Suiza sin despedirse... Hé ahí una delicadeza que le reprenderé cuando tenga ocasion de verle.

Y Clotilde, besando una de las manos de su madre, añadió:

—¿Seria una imprudencia saber lo que dijo Daniel?

—No, hija mia; porque en todas sus palabras habia tanta nobleza, que logró convencerme. El pobre muchacho nada quiere para él, pero para tí lo desea toda fortuna, felicidad, consideraciones: confieso francamente, que sus súplicas me conmovieron. Yo pensaba continuar viviendo en mi destierro de Chamartin, pero Daniel me recordó que era madre, y que mi hija necesitaba verme á su lado. ¡Ah, si le hubieras oido!... Me convenció por fin; vine á recibirte, á olvidarlo todo por tí.

Clotilde se arrojó al cuello de su madre, y la besó repetidas veces, derramando abundantes lágrimas.

—¡Daniel tiene un corazon de oro!—exclamó Clotilde;—y nosotros no podemos consentir que viva, pobre y solitario, lejos de Madrid.

—Hija mia, conozco que con dificultad podria encontrarse un jóven de sus bellas condiciones; su nobleza de carácter, su generoso sacrificio, han cautivado mi corazon; deploro tanto como tú el voluntario destierro que se ha impuesto; pero él mismo lo ha dicho: «Yo no puedo permanecer al lado de Clotilde.»

—¡Pero la mitad de la fortuna de mi padre le pertenecel... ¡El es mi hermano!...

La marquesa cogió entre las suyas las manos de Clotilde, las estrechó contra su pecho, fijó en ella una mirada de ternura, y dijo:

—Escucha, hija mia; yo debo decírtelo, para que no lo ignores y comprendas la situacion de tu madre; esta explicacion será muy dolorosa para las dos, lo conozco, pero no hay otro remedio; despues de oirme, tú elegirás

el camino que debemos emprender. Cuando un hombre comete la infamia de casarse con dos mujeres, la ley tiene castigos y penas para el culpable, y concediendo todos los derechos, todas las prerogativas á la primera á quien dió el nombre de esposa al pié de los altares, le dice á la segunda, á pesar de su inocencia: «Tú no eres más que una manceba, una querida de ese miserable que te ha engañado.»

Clotilde lanzó un grito, y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó:

—¡Pobre madre mía!...

—Veo que comprendes mi situación,—añadió la marquesa con acento conmovido;—ante la ley, yo no soy más que la querida del general Lostan, y tú su hija natural; Daniel lo ha comprendido así, y generoso hasta lo inverosímil, se sacrifica cediéndote todos sus derechos. Su presencia en este palacio, es mi deshonra y la tuya. Si él viviera con nosotros, sería preciso ir diciendo á todo el mundo la terrible verdad que tanto daño nos causaría á nosotros, y más que á nosotros al general, ó mentir humillando á Daniel. De dos males, es prudente aceptar el que lo sea ménos. Eso mismo ha comprendido tu hermano, y por eso se ha decidido á vivir retirado en su modesta casa de Horche. Ahora, hija mía, elige entre dejar las cosas tal y como están, ó manchar mi frente, la tuya y la del general con la vergüenza y el oprobio.

Clotilde guardó silencio. Las lágrimas, los sollozos la ahogaban. Comprendía la terrible situación; pero no encontrando manera de resolverla, lloraba.

Así permanecieron algunos minutos.

Pero el alma generosa de Clotilde no podía aceptar el sacrificio de Daniel.

Un pensamiento cruzó por la mente de Clotilde: visitar á su hermano en su destierro de Hórche, y vencerle á que regresara á Madrid.

—Comprendo, madre mia,—dijo Clotilde despues de algunos minutos de pausa,—que la situacion de nuestra familia es verdaderamente excepcional. Para salvar á la marquesa del Rádio, al general Lostan y á su hija, es preciso que Daniel se sacrifique, y él se sacrificará; pero nosotros, por nuestra parte, debemos procurar que este sacrificio sea lo ménos penoso posible, y yo creo que mi madre no se opondrá á que vaya á Hórche á visitar á mi hermano.

—Hija mia, eso seria una imprudencia,—contestó sobresaltada la marquesa.

—¡Imprudencia!... ¿Y por qué, madre mia?

—¿Con qué pretexto irias á visitar á un jóven que vive en un pueblo, y á quien todo el mundo conoce en Madrid por el protegido del conde de la Fe y el pretendiente de la hija del general Lostan? Recuerda, Clotilde, que Daniel te persiguió no hace mucho por todas partes, que pretendió tu mano, que se batió por tí con otro hombre, y que loco, enamorado, te persiguió hasta Suiza; no olvides, Clotilde, que nosotros vivimos en el seno de una sociedad que juzga nuestras acciones muchas veces con harta ligereza, y que tu honra seria el pasto de la calumnia y la maledicencia.

—¿Y qué me importa á mí lo que puedan decir los

desocupados? Mi conciencia está tranquila: no debe, pues, detenerme nada cuando sigo los impulsos generosos de mi corazón. Daniel es pobre, madre mía, y quién sabe si mientras yo vivo aquí en la opulencia, rodeada de lujo y ostentación, él, solo y abandonado en Horche, carecerá de lo más necesario. Yo bien conozco que la honra de mis padres, que el buen nombre de mi familia, necesita un gran sacrificio por parte de mi hermano. Daniel dobla la cabeza con humildad, y acepta ese sacrificio; pero yo no debo abandonarle.

—Pues bien; personas de confianza tenemos en casa que puedan ir á verle, y darle todo aquello que necesite.

—Mi hermano no aceptará nada de nadie.

—¿Le crees tan orgulloso?

—No, madre mía; le creo digno, y fuera humillarle el que otro que su hermana le hiciera proposiciones que habian de herir las más delicadas fibras de su corazón. Así pues, estoy resuelta á verle y hablarle, á enjugar sus lágrimas, á fortalecer su espíritu. El se separó de mí sin despedirse: temia que mis ruegos debilitaran su fuerza de voluntad, y abandonó las poéticas orillas del lago Lemán sin darme un adiós. ¿Qué disculpa podría dar á mi silencio? Ninguna, madre mía, ninguna. Daniel tendria sobrados motivos para creerme una mujer desnaturalizada, y yo prefiero la muerte á merecer á mi hermano un concepto tan poco ventajoso.

—Pues bien, ¿quién te lo impide? escríbele, manten con él una correspondencia diaria si te place.

—¡Ah! no, no; la palabra escrita no tiene nunca la fuerza de la palabra hablada. En los pensamientos que la pluma deja sobre el papel, hay siempre algo de arte, que está muy lejos de tener la expresion de unos labios que suplican trémulos y cariñosos, de unos ojos humedecidos por las lágrimas, que dirigen miradas llenas de ternura. Daniel leeria mis cartas conmovido, lo sé, madre mia; mas cogiendo la pluma contestaria á mis ofertas con agradecidas excusas: pero si él me ve arrodillada á sus piés, si siente mis trémulas manos entre las suyas, si oye mi voz suplicante penetrando en su alma, ¡oh! entonces estoy segura de convencerle, tengo la evidencia de que aceptará todo cuanto yo le proponga, porque él no ha de tener valor para negarme nada, porque él sabe que yo no puedo ser dichosa mientras él sea desgraciado.

—¿Tanto le amas, Clotilde?—preguntó doña Beatriz, agitando tristemente la cabeza.

—¡Que si le amo! No pretendo ocultarlo, madre mia: desde el momento en que le ví por primera vez, desde aquel día que mi padre, cometiendo una injusticia incalificable, le despidió cruelmente de su casa, yo sentí por Daniel algo desconocido en mi corazón, una secreta emocion que entonces no pude definir, pero que no pasó mucho tiempo sin que adivinara que era hija del inmenso amor que brotaba en mi alma. Si el ángel de mi guarda no me hubiera revelado tan oportunamente el origen del nacimiento de Daniel, á pesar de mi padre, á pesar del mundo entero, á pesar de la diferencia de posiciones, hoy seria su esposa. Mi padre

así lo comprendió, y puso en mis manos el manuscrito de aquella pobre mártir, que habia bajado á la tumba llevándose su fatal secreto. La lectura de aquellas páginas me causaron una impresion que yo no podia explicar: era una mezcla de dolor y de alegría á un tiempo; era un aturdimiento, que llenando mis ojos de lágrimas, sobresaltaba mi espíritu; yo, embebida en la lectura de aquellas dolorosas páginas, olvidé que aquella misma noche Daniel debia venir por mí para conducirme al altar, en donde habia jurado darle el nombre de esposa. Daniel llegó efectivamente á la hora convenida, y yo al verle á mi lado exhalé un grito de gozo, dándole el dulce nombre de hermano. La Providencia nos habia salvado, y juntos la bendijimos aquella noche, cuyo recuerdo nunca se borrará de mi memoria. Un día más de silencio, y el crimen se hubiera consumado; y entonces, madre mia, la vergüenza y el dolor hubieran sido causa de mi muerte. Bendije á Dios por haberme salvado, y Dios me aconseja que no abandone á mi hermano.

La marquesa, no encontrando palabras con que convencer á su hija, comprendiendo al mismo tiempo que era justo y natural el deseo de Clotilde, añadió de este modo:

—Pues bien, hija mia; habla con tu padre, y explícale tu pensamiento, que tiene tanto de generoso como de expuesto.

Clotilde besó cariñosamente una de las manos de su madre, contestando en voz baja:

—Es que no solamente necesito el consentimiento

del general Lostan, sino el de la marquesa del Rádío, mi madre: soy hija de familia, apenas he cumplido veinte años, y no puedo viajar sola.

La marquesa guardó silencio.

La escena que acababa de tener con su hija, la había fatigado. Clotilde así lo comprendió, y dijo:

—Voy á ver á mi padre: cuando él me dé su consentimiento, vendré por el de usted, madre mia.

CAPÍTULO IV

Donde el millonario desempeña su comision

Mientras tenia lugar esta escena, el baron de Labra, que estaba dispuesto á no perder el tiempo, tan pronto como supo la llegada del general y Clotilde á Madrid, suplicó á su tio don Joaquin que pidiese la mano de Clotilde al general.

—En verdad, hijo mio, que no comprendo tu impaciencia,—le habia contestado el millonario.

—¡Oh! en este mundo, querido tio, es preciso ser oportuno. Clotilde acaba de llegar de Suiza, y segun todas las probabilidades, esa muchacha se encuentra hoy, como vulgarmente se dice, sin compromiso. Para salir victoriosos de nuestra empresa, tenemos dos grandes ventajas: primera, el ser usted mi tio, mi padre y mi padrino á la vez, y siempre se oyen con gusto las pretensiones de un hombre que tiene ciento treinta millones de capital; y segunda, una carta del conde de la Fe, que, segun él me ha dicho, escribió anoche al ge-

neral Lostan, y que, aunque yo ignoro su contenido, debe ejercer gran influencia en la voluntad del padre de Clotilde. Así pues, yo le ruego por los mártires de Zaragoza, que pida usted hoy la mano de Clotilde á su padre, y si, como espero, nos da su consentimiento, se habrán llenado por completo todas mis aspiraciones.

—¿Pero tú tienes seguridad de que la muchacha te quiere?—le habia contestado don Joaquin.

—Yo le diré á usted: ella no ignora que yo la amo con delirio; por ella me batí hace algunos meses con un hombre sin posicion y sin títulos, que se atrevió á hacerle el amor, y no creo del todo imposible que acepte mi mano, si tenemos para lograrlo el apoyo de sus padres.

—Bien, bien; haré lo que desees, aunque la comision no es para mí muy agradable.

—Sin embargo, usted en otro tiempo fué amigo de don Pedro de Lostan.

—Sí, fuimos amigos; pero no tuvimos gran intimidad. Pero esto no tiene nada que ver con tu asunto.

Y don Joaquin, que era excesivamente bueno y que comenzaba á amar á su sobrino como á un hijo, pidió un coche, se vistió con todo el esmero que requerian las circunstancias, y dando un abrazo á Ernesto, dirigióse á casa del general Lostan.

Anticipémonos nosotros algunas horas.

El general Lostan se hallaba en la cama á eso de las nueve de la mañana, cuando vió entrar á su leal ayuda de cámara Santiago, que llevaba en una pequeña bandeja de plata una carta.

—¿Qué es eso, Santiago?—le preguntó el general.

—Una carta urgente que acaba de traer un criado del conde de la Fe.

Al oír este nombre, el general se incorporó bruscamente, demostrando con un gesto el asombro que le causaba.

—¿Del conde de la Fe?—repitió.

—También á mí me ha extrañado que el señor conde escribiese una carta al señor general.

—Dame la bata y abre el balcon.

Un momento despues, el general, sentado en una butaca, leia para sí lo que á continuacion copiamos:

«Señor general Lostan.

»Muy señor mio: Tengo la evidencia de que, al fijar usted los ojos en estas líneas, le causará suma extrañeza el que el conde de la Fe le dirija á usted una carta. Pero esta extrañeza será corta, porque los hombres de mundo como usted, no ignoran que nada hay tan inverosímil como los acontecimientos de la vida real.

»Despues de este corto preámbulo, voy á entrar de lleno en la causa que motiva esta carta.

»Yo sé positivamente, que en las circunstancias en que los dos nos encontramos, usted no se atreverá á negarme el favor que voy á pedirle; porque su negativa seria tal vez el preludio de graves y terribles acontecimientos. Vamos al hecho.

»El jóven y elegante baron de Labra continúa, como antes, perdidamente enamorado de su hija de usted Clotilde. Este amor, en cuya realizacion cifra toda su felicidad, hubiera permanecido oculto en el fondo de

su alma, si una circunstancia verdaderamente inesperada no hubiera venido á reanimarle.

»Y es el caso, señor general, que el baron de Labra se hallaba poco ménos que arruinado, cuando de repente ha visto llegar á Madrid á un tio carnal, que regresa de California con una fortuna de ciento treinta millones, y que no tiene otros parientes ni herederos que á Ernesto.

»Este tio prodigioso, á quien usted conocerá indudablemente tan pronto como le vea, está encargado de pedir al general Lostan la mano de su hija Clotilde para su sobrino el baron de Labra.

»Como quiera que Ernesto es el único heredero de los ciento treinta millones de su tio, como está perdidamente enamorado de Clotilde, yo me tomo la libertad de escribir á usted la presente carta para enclinarle en favor de mi recomendado Ernesto, y espero que acepte usted las proposiciones de su tio.

»Ahora bien, señor general; entre amigos antiguos como nosotros, debe reinar la mayor franqueza. Si usted rechaza á Ernesto y no le concede la mano de su hija, si usted se empeña en cerrarle las puertas de su casa como se las cerró á mi ahijado Daniel, entonces creeré que no quiere usted reconciliarse conmigo, y libre del juramento que hice á Angela, lo que hasta ahora ha sido un secreto pasará al dominio del público, adquiriendo una publicidad que no ha de hacer mucha honra al señor general Lostan.

»Creo que hoy se presentará el señor don Joaquin de Labra, tio del baron del mismo apellido, á pedirle

á usted para su sobrino la mano de Clotilde, y confío que usted ha de ser tan amable que acceda á esta petición, que va apoyada por un tío que posee ciento treinta millones, y el que esta carta suscribe, que ha sido, es y será siempre, su atento seguro servidor,

EL CONDE DE LA FE.»

Al terminar la lectura de la carta, el general la estrujó con rábia entre sus manos.

Estaba pálido y convulso.

Aquella carta era un insulto y una amenaza á la vez.

Si el general se hubiera dejado llevar por los impulsos de la ira que sentia en su corazon, hubiera devuelto al conde de la Fe aquella carta envuelta en una bala.

Pero la experiencia y los largos sufrimientos le habian demostrado, que cuando un hombre comete un crimen, aunque se escape de las penas marcadas en el Código y de la severidad de los jueces, no siempre se libra de las consecuencias que trae consigo este mismo crimen.

Hacia aproximadamente diez y siete años, que el general, perdiendo la paz de su conciencia, se veia siempre amenazado por todas partes.

Apenas salvaba un obstáculo, se le presentaba otro; y lo más triste, lo más doloroso, lo más abrumador, era pensar que despues de tanto sacrificio y tantas noches de insomnio, la vergüenza y el oprobio, tarde ó temprano, deberian caer sobre su frente.

El general no ignoraba que el baron de Labra era uno de esos jóvenes de la aristocracia, que habia malgastado en poco tiempo una bonita fortuna. Sabia, en parte, algo de la vida privada de aquel joven; pero temeroso del escándalo, como siempre, fué tranquilizando su espíritu, y comenzó á buscar en su imaginacion un recurso para salvar el nuevo escollo que la peticion del conde de la Fe le presentaba.

Todo debia temerlo de aquel amigo, tan antiguo como irreconciliable.

Era preciso, pues, ser un poco diplomático en aquel asunto.

A las once le anunciaron la visita del señor don Joaquin de Labra.

Dió orden para que le introdujeran en su despacho, y poco despues se hallaba frente á frente del rico californiano.

Don Joaquin de Labra era un hombre sencillo, y en quien los años no habian podido ausentar la alegría de su corazon.

Saludó al general con la sonrisa en los labios, dirigiéndole al mismo tiempo estas palabras:

—Estoy seguro que ya no se acuerda usted de mí, general.

Y como el general hizo un movimiento de fisonomía que podia tomarse por una contestacion, don Joaquin añadió:

—No es extraño; hace más de treinta años que no tengo el gusto de ver á usted: desde que nos reuníamos en la Fontana de Oro. Usted era entonces coman-

dante, si mal no recuerdo, y yo un jóven sin otro patrimonio que mis ilusiones.

—Sí, sí, recuerdo ahora perfectamente: usted era hermano del conde de Labra.

—El mismo en cuerpo y alma.

—¿Y en dónde ha estado usted durante tanto tiempo?—preguntó el general, haciéndose el desentendido.

—En América, en busca de un poco de oro para cubrir las necesidades de la vejez.

—¿Y lo ha conseguido usted?—volvió á preguntar don Pedro.

—Sí, general; he logrado á fuerza de trabajos y de economías reunir una bonita fortuna, y usted me permitirá, atendido el asunto que á esta casa me dirige, le diga que poseo ciento treinta millones y que tengo un sobrino á quien espero nombrar mi heredero universal.

Y como el general demostrara con una mirada el asombro que le causara el giro que iba tomando la conversacion, don Joaquin soltó una ruidosa carcajada, añadiendo:

—Usted dirá, con sobrada razon: ¿pero qué diablo me importa á mí que este señor tenga un sobrino y quiera nombrarle heredero de ciento treinta millones? Pues le importa á usted mucho, querido general, porque aquí donde usted me ve, yo, despues de haber tenido la honra de estrechar su mano, vengo nada ménos que como embajador de una de las cuestiones más graves de la vida.

—¿Pero de qué se trata?—preguntó el general, dominando su impaciencia y sonriéndose á la vez.

—Cosas de la juventud, mi querido general, cosas de la juventud. Mi sobrino el baron de Labra, está perdidamente enamorado de su hija de usted.

—¿De Clotilde?

—Sí, de Clotilde, á quien no tengo el gusto de conocer. Y como el amor, cuando es puro y verdadero, sueña con las dulzuras de Himeneo, aquí me tiene usted á mí, que solteron incorregible, vengo nada ménos que á pedir para mi sobrino la mano de su hija de usted.

—Permítame usted que me sorprenda esta inesperada petición.

—Sí, sí, puede usted sorprenderse todo lo que quiera. Nada hay tan natural en estos casos como el asombro. Yo soy el embajador, y estoy asombrado del papel que represento.

—Pero, ¿usted sabe si Clotilde ama á Ernesto?

—¡Hombre! cuando Ernesto me da esta comision, prueba dos cosas: primero, que para él lo más importante es tener el consentimiento de sus padres; y segundo, que alguna esperanza ha de tener cuando se atreve á pedirla en casamiento. En cuanto á la cuestion de intereses, hablando con la franqueza que me es propia, diré á usted que yo estoy dispuesto á dar á mi sobrino, por el pronto, una docenita de millones. Y andando el tiempo, cuando á Dios se le ocurra borrar mi nombre del libro de los vivos, que desearé sea lo más tarde posible, le nombraré, como he dicho, heredero universal de todos mis bienes.

—El caso es grave,—añadió el general,—y nada puedo resolver sin hablar antes con mi esposa y con mi hija.

—En cuanto á la señora marquesa,—repuso don Joaquin,—creo que no ha de tener ningun inconveniente; porque ya mi sobrino fué á verla á su quinta de Chamartin, y la encontró, segun me dijo, con muy buenas disposiciones en favor suyo.

—¡Ah! ¿conque Ernesto ha visto á mi esposa?—dijo el general.

—Pues qué, ¿no le ha dicho á usted nada la marquesa?

—No debe á usted extrañarle, porque hace muy poco tiempo que me hallo en Madrid.

—Sí, sí, ya sé que estaba usted viajando por Suiza. Conque vamos á ver, señor general, ¿ acepta usted mi proposicion, ó no la acepta?

—Ya he dicho á usted, que nada puedo resolver en el acto.

—Sí, sí, ya comprendo que esta es una cuestion para tratarla en familia reservadamente; pero sin embargo, seria muy grato para mí contar con el apoyo del jefe.

—Pues bien, señor de Labra; si Clotilde ama á Ernesto, yo no pondré ningun obstáculo á esa boda, porque no tengo más voluntad que la de mi hija en esas cuestiones en que está interesada el alma.

—¡Bravo!... ¡bravo!... estas palabras llenarán de alegría el corazon de mi sobrino. No quiero, pues, retardar ni un solo segundo tan buenas nuevas; y crea

usted, señor general, que será para mí una alta honra y gran satisfaccion el que no quede desairada mi solitud.

Pocos momentos despues, don Joaquin, cómodamente arrellanado en su coche, se dirigia á su palacio de la Fuente Castellana.

Sin embargo, las proposiciones que acababa de hacerle don Joaquín, no le parecían del todo despreciables.

Ernesto era rico, noble; podía llevar en matrimonio una fortuna de doce millones, y estas son circunstancias que deben tenerse en cuenta y meditarse con detenimiento.

Bien es verdad, que los años del barón de Larra no había sido durante algunos años de las más santas; pero ¿qué hombre no comete locuras durante el período estropeado de la juventud?

El general no **Sin apelación** en absoluto se toleraba con los jóvenes que tienen la fortuna de nacer ricos. Cuando el dinero y el tiempo están de sobra, los vicios se dan la enloquecida.

El general, después de despedir á don Joaquín, volvió á sentarse en una butaca, permaneciendo inmóvil y reflexivo.

Don Pedro amaba demasiado á su hija para violentarla en una cuestión tan grave, y nunca se hubiera impuesto en un asunto tan delicado.

Después de los terribles remordimientos de esas luchas del corazón, que tanto le habían hecho sufrir, el general estaba resuelto á dejar á su hija la libre elección del hombre que debía con el tiempo llamarse su esposo.

Don Pedro no pensaba, pues, mezclarse en un asunto tan delicado, asunto en que el alma toma una parte tan activa, y del que depende la felicidad de toda la vida.

Sin embargo, las proposiciones que acababa de hacerle don Joaquín, no le parecían del todo despreciables.

Ernesto era rico, noble; podía llevar en matrimonio una fortuna de doce millones, y estas son circunstancias que deben tenerse en cuenta y meditarse con detenimiento.

Bien es verdad, que la conducta del barón de Labra no había sido durante algunos años de las más santas; pero ¿qué hombre no comete locuras durante el período efervescente de la juventud?

El general no ignoraba que era preciso ser tolerante con los jóvenes que tienen la fortuna de nacer ricos. Cuando el dinero y el tiempo están de sobra, los vicios se dan la enhorabuena.

Por otra parte, no es una regla fija, el que un caballero continúe siéndolo después de casarse.

El dulce cariño del hogar, el amor tranquilo de una esposa y el de los hijos, hacen sufrir al hombre cambios notables, y acontece con frecuencia en la vida real, que aquel que fué un Tenorio desde los veinte á los treinta, se casa y acaba por ser un modelo de maridos, lo que se llama en lenguaje vulgar un padrazo.

Para probar la influencia tranquilizadora del matrimonio, podría yo citar en esta página cien nombres propios; pero no me atrevo á hacerlo, pues no estoy autorizado para ello.

Estas y otras muchas reflexiones cruzaban por la mente del general Lostán, cuando sintió un beso cariñoso sobre su frente. Era su hija, era Clotilde, que ha-

bia entrado sin que él la sintiera, y que al verle triste y reflexivo, le dijo:

—Ya no hay motivo para estar de mal humor.

—No lo estoy yo por cierto, hija mía.

—Entonces, ¿por qué te encuentro triste, con la cabeza inclinada sobre el pecho?

—Porque estaba reflexionando sobre una cuestión muy grave.

—¿Y qué es ello?

—Figúrate que hace un momento ha venido á visitarme un antiguo amigo.

—No veo en eso nada de particular.

—Es que este amigo tiene nada ménos que ciento treinta millones de capital.

—Bien, adelante; es un amigo millonario.

—Pero este amigo tiene un sobrino, á quien piensa nombrar su heredero universal.

—Debe querer mucho á su tío,—dijo Clotilde,—sobre todo si pertenece á esa raza de hombres que no tienen más Dios que el dinero. A mí nunca me ha gustado el dinero.

—Sin embargo, el dinero, hija mía, es una necesidad. Pero volvamos, si te parece, á la historia interrumpida.

—¿Qué historia?

—La del amigo millonario.

—Ah! sí, y el sobrino heredero.

—Pues precisamente el tío millonario ha venido á pedirme tu mano para el sobrino heredero.

—¿Mi mano! ¿Quiere casarse conmigo?

—Según mi amigo, su sobrino está perdidamente enamorado de tí.

—Permíteme que lo dude.

—¿Por qué?

—Porque cuando se ama, antes de hablar de dinero se procura conseguir las simpatías de la mujer que se desea, y como á mí nadie me ha dicho nada... Bien es verdad, que el siglo está metalizado, y ciertos hombres creen que para casarse no hay que arreglar otra cuestión que la de números.

—Debo advertirte, querida Clotilde, que el hombre que solicita tu mano, no te es del todo desconocido.

—¿Cómo se llama?—preguntó con bastante indiferencia Clotilde.

—Es el barón de Labra.

Al oír este nombre, Clotilde hizo un movimiento de disgusto.

—El barón de Labra!—repitió;—yo no seré nunca la esposa de un nécio presuntuoso, que sin haberme dirigido la palabra nunca, sin haberle concedido ni una sonrisa, ni una mirada, tuvo la insolencia de decir por todas partes que yo acabaría por amarle.

—Es que desde entonces hasta ahora, hija mía, han cambiado mucho las cosas. Entonces Ernesto era un noble arruinado; hoy, el inesperado regreso de su tío le coloca en una posición ventajosa.

—Aunque así sea, padre mio, yo no podré olvidar que mi hermano Daniel estuvo á punto de ser víctima de ese barón hablador, que nunca me ha sido simpático. Así pues, te ruego que no hablemos más de ese

hombre: tenemos que tratar de otro asunto más importante; tenemos que hablar de Daniel, de mi querido hermano, que sacrificándose por todos, ha ido á sepultarse á su pobre casa de Horche.

—Sí, dices bien; es preciso convencerle á que deje su retraimiento, y hoy mismo le escribiré una carta.

—No basta una carta, padre mio; es preciso ir á verle, es indispensable que me concedas tu permiso para que yo vaya á buscarle.

—Eso sería una imprudencia.

—¡Imprudencia!... ¿no es mi hermano? ¿quién con más legítimos derechos que yo puede ir á consolarle en su amargura, cuando su padre cree que bastará una carta para convencerle?

Habia en estas palabras algo de reconvencion, que no pasó desapercibido para el general.

—Pues bien; si se niega á mis súplicas,—añadió don Pedro,—yo te prometo que iremos á buscarle. Yo no tengo más voluntad que la tuya; pero no olvides tampoco, que la presencia de Daniel en este palacio puede ser causa de grandes disgustos para toda la familia.

—¡Oh! sí, sí; yo bien conozco, padre mio, que para arreglar dos asuntos de nuestra familia sería preciso que todos tuviesen la abnegacion de Daniel; pero eso es pedir un imposible.

Y Clotilde, mirando á su padre con fijeza y dando á su acento una entonacion casi amenazadora, que causó no poco asombro al general, repuso:

—Padre mio, si antes de seis dias Daniel no ha dejado su retiro, yo iré á buscarle.

Y diciendo esto, y como si temiera la respuesta que su enérgica resolución pudiese inspirar al general, salió del gabinete.

Don Pedro, por su parte, no tuvo valor ni aun para detenerla con una palabra, con un gesto, con un movimiento.

De todos los inmensos disgustos que había sufrido desde el día en que su crimen dejó de ser un secreto para la marquesa del Rádio, lo que más le espantaba, lo que le causaba más profundo dolor, era la idea de perder el cariño de su hija.

Todo lo había sacrificado por ella. Amaba á Clotilde con toda su alma, y las palabras que acababa de dirigirle resonaban en el fondo de su corazón de un modo doloroso.

Clotilde, por la primera vez de su vida le dirigía una amenaza. La inocente, la tímida doncella, la cariñosa hija, se levantaba altiva ante su padre pidiéndole justicia.

Don Pedro se persuadió en aquel instante, y más que nunca, de que la felicidad completa era para él imposible.

Aún no se había repuesto del asombro que las últimas palabras de su hija le habían causado, cuando una doncella entró á decirle que la señora marquesa quería hablarle.

El general se apresuró á pasar al gabinete de su esposa.

Hacia mucho tiempo que la marquesa miraba á su esposo con indiferencia, ó por decir mejor, con despre-

cio. Aquel hombre la había humillado en lo que ella más quería, en su orgullo, en su amor propio, y las circunstancias la obligaban á vivir bajo el mismo techo del hombre que tan villanamente había abusado de su buena fe.

Por eso el general encontraba siempre á la marquesa grave, fría, severa.

Saludó á su esposa respetuosamente, y la dijo:

—Estoy á las órdenes de usted, señora.

—He creído necesario, caballero,—dijo doña Beatriz,—llamar á usted, para que tengamos una corta conferencia. Tenga usted la amabilidad de tomar asiento.

El general ocupó una silla cerca del sitio donde se hallaba la marquesa.

Doña Beatriz volvió á decir:

—Usted sin duda, caballero, á su regreso de Suiza, no esperaba encontrarme en esta casa.

—Lo confieso, señora, y ha sido grande mi placer viendo que me he equivocado. Doy á usted por su condescendencia las más expresivas gracias.

—No me las dé usted á mí, general; no soy yo la que las merezco: corresponde á su hijo de usted Daniel, á ese noble joven que ha sabido darnos á todos una lección de generosidad y desprendimiento, á esa alma sencilla que se sacrifica por no arrancar la hipócrita máscara que encubre el rostro de su padre.

—Señora...—murmuró el general, haciendo un movimiento como para levantarse.

—Perdone usted si he empleado una frase algo du-

ra,—añadió doña Beatriz;—no es esta la ocasión de recordar dolorosas historias: se trata del presente, no del pasado. La sociedad es bastante estúpida para creernos felices, viendo que nos albergamos en una misma casa. No es á nosotros á quienes nos toca librar de ese error á la sociedad; dejémosla, pues, en ese engaño, y tratemos sólo de asegurar el porvenir de nuestra hija. Yo no sé si usted sabe que el baron de Labra pretende su mano.

—Lo sé, señora, pues hoy mismo ha venido á pedírmela el tío del baron.

—¿Y qué piensa usted sobre ese particular?—preguntó doña Beatriz.

—Que no violentaré nunca las inclinaciones de Clotilde.

—Las jóvenes están casi siempre muy lejos de saber lo que les conviene.

—Clotilde no ama al baron.

—El baron es joven, elegante, ha recibido una educacion distinguida, y si á eso se añaden los millones de su tío, bien puede asegurarse que es uno de los mejores partidos de Madrid.

—Sin embargo, si Clotilde no le ama...

—Le amaré con el tiempo, caballero. La mayor parte de las jóvenes de la alta clase que contraen matrimonio, al pronunciar el sí á los piés del altar, no podrian definirse de una manera sólida si aman ó no aman al hombre con quien van á unirse para toda su vida; pero luego, el tiempo, el comportamiento del esposo, la dignidad del nombre y los desvelos maternos, van formando

poco á poco en el fondo del alma una cantidad de amor conyugal, que constituye la felicidad de la familia.

—¿Y si eso no sucediese así, señora? ¿y si nosotros, en vez de asegurar la felicidad de Clotilde, la hiciéramos desgraciada?

—Entonces, culpa seria de ellos y no nuestra,—dijo doña Beatriz.

—No pensamos del mismo modo,—repuso el general;—yo jamás impondré á mi hija un marido que no sea de su agrado.

—Pero bien; para saber lo que podemos esperar, es preciso hablarla.

—No hace mucho le hablé de ese asunto, y me ha contestado con una negativa enérgica. Puede usted creer, señora, que por mi parte no pondría obstáculo alguno á esa boda. Además, hay una poderosa razon para que yo apoye las pretensiones del baron de Labra, y esta razon se basa en una carta que he recibido del conde de la Fe, en la que me recomienda de una manera eficaz y casi amenazadora á Ernesto de Fontan.

—¿Cómo! ¿el conde de la Fe se atreve á amenazar al general Lostan?—exclamó indignada doña Beatriz.

—El conde de la Fe se atreve á todo, porque me odia de muerte. El conde de la Fe, cansado de guardar mi secreto y de cumplir su palabra, está resuelto á producir un escándalo que arroje sobre mi rostro la vergüenza y el desprecio.

—Sí, dice usted bien; el conde es un enemigo ter-

rible, y será preciso, pues, tener en cuenta su recomendación.

—Nunca, señora; no sacrificaré jamás la felicidad de mi hija ante las exigencias de ese hombre. Si él sigue en su empeño, si persiste en recomendarme á Ernesto, si me impone este matrimonio en pago de su silencio, yo le haré comprender que nadie calla tanto como una tumba. Clotilde será libre para elegir esposo, y si sus ojos se fijan en un hombre, aunque este sea de la clase más ínfima de la sociedad, puede contar con mi consentimiento.

—¿Y el mío, caballero?

—No desconozco los sagrados derechos de una madre, y yo ruego á usted, señora, que me ayude á convencer á Clotilde. No olvide usted, que no soy yo el que rechaza al baron de Labra, sino Clotilde. Ella hoy no tiene otro deseo, otro anhelo, que el de correr en busca de su hermano; y mucho temo, señora, que todos nuestros sacrificios sean inútiles para ocultar á la sociedad lo que tantos disgustos nos ha costado. Hoy mismo escribiré una carta al tío del baron, manifestándole las pocas simpatías que siente Clotilde por su sobrino, y aconsejándole al mismo tiempo, que procure inclinar á Ernesto para hacer méritos que logren captarle las simpatías de Clotilde. Francas tendrá el baron de Labra las puertas de mi casa, y Dios quiera que con el tiempo podamos asegurar la felicidad de Clotilde.

—Está bien, caballero, escriba usted esa carta, y no olvide que la misión de una joven en este mundo, se

reduce á unirse con un hombre digno de ella, que asegure su porvenir y que la sirva de protector.

El general, que procuraba hacer siempre todo lo más cortas posibles las entrevistas con su esposa, la pidió permiso para retirarse.

CAPÍTULO VI

La esperanza y la duda

Al día siguiente, el tío de Ernesto recibió una carta del general Laster. Decía así:

«Señor don Joaquín de Lastra.

Muy señor mío y apreciable amigo: He tenido una conferencia con mi hija, y nada bueno puedo decirle de ella. Clotilde se resiste por ahora á contraer compromiso formal con su sobrino de usted, el señor don de Lastra. Dice que no piensa casarse, que es muy joven y quiere permanecer soltera.

Estas son generalmente las excusas de una joven cuando se las habla formalmente de matrimonio, y se les propone un hombre á quien verdaderamente aman ni aborrecen, por el poco trato que han tenido con él.

CAPÍTULO VI

La esperanza y la duda

Al día siguiente, el tío de Ernesto recibió una carta del general Lostan. Decía así:

«Señor don Joaquin de Labra.

»Muy señor mío y apreciable amigo: He tenido una conferencia con mi hija, y nada bueno puedo decirle de ella. Clotilde se resiste por ahora á contraer compromiso formal con su sobrino de usted, el señor baron de Labra. Dice que no piensa casarse, que es muy jóven y quiere permanecer soltera.

»Estas son generalmente las excusas de una jóven cuando se las habla formalmente de matrimonio, y se les propone un hombre, á quien verdaderamente ni aman ni aborrecen, por el poco trato que han tenido con él.

»Como tuve el honor de indicarle en nuestra entrevista, no es mi ánimo violentar en manera alguna á Clotilde. Ella es dueña de su mano, como de su corazón.

»Como padre, la daré un consejo; pero nunca la impondría un marido.

»Esto sin embargo, no es cerrarle las puertas por completo al baron de Labra. Es hablarle á usted con la sinceridad de mi carácter. Las puertas de mi casa, abiertas están para usted y para Ernesto. Pueden ustedes visitarnos siempre que gusten, formar parte de nuestros amigos íntimos, y quien sabe si el tiempo y el trato harán sufrir un notable cambio en el modo de pensar de Clotilde.

»Si así sucediera, puede usted creer que seria muy grato para mí.

»Se repite de usted como siempre, suyo seguro servidor y amigo,

PEDRO DE LOSTAN.»

Don Joaquin leyó la carta, se sonrió, se encogió de hombros, y se dijo hablando consigo mismo:—

—Esto es una negativa, revestida con todas las buenas formas de la educacion. Créo que mi sobrino se ha precipitado un poco; nunca se debe pedir la mano de una muchacha, sin tener la seguridad de salir airoso en la peticion.

Don Joaquin tiró del llamador de la campanilla, y preguntó á un criado:—

—¿Está el señorito Ernesto en casa?

—Sí, señor. Acaba de pedir el carruaje; pues segun parece, se va á almorzar con algunos amigos.

—Dígale usted que antes de marcharse tenga la bondad de pasar á verme. Necesito hablarle.

Pocos momentos despues, Ernesto entraba en la habitacion de su tio.

—¿Qué ocurre?—le dijo con su natural desenvoltura.

—Una mala noticia, querido sobrino,—contestó riéndose don Joaquin.

—¡Diablo, lo siento! porque hoy estaba dispuesto á divertirme mucho. Estoy invitado á almorzar en casa del duque de San Plácido, uno de los jóvenes más originales de Madrid; pero es preciso decirlo, uno de los hombres que mejor saben comer en el mundo. El duque llegó anoche de Alemania, y ha invitado á sus amigos para darles un almuerzo y hacerles oir á los postres unos trozos de la ópera que ha compuesto, y que se ha estrenado con gran éxito en un teatro de Berlin. Pero sepamos la mala noticia, querido tio, y Dios quiera que no me quite el apetito.

—Despues de todo, no sé si es buena ó mala la noticia que voy á darte; se reduce á una carta que he recibido del general Lostan.

—¡Ah, de mi futuro suegro! ¿y qué dice el general?

—Toma, lee tú mismo.

Ernesto leyó para sí la carta, y cuando hubo terminado la devolvió á su tio, diciendo:

—Si el general quiere que yo haga méritos para conseguir la mano de su hija, dispuesto estoy á hacer-

los; porque confieso á usted, querido tío, que amo muy de veras á Clotilde.

—Sí, pero según lo que yo deduzco por el contenido de esa carta, Clotilde no te ama á tí.

—Me amará, querido tío, me amará. Demos tiempo al tiempo. ¡Oh! si con tantos elementos no lograra conquistar el corazón de esa esquivada doncella, bien podía tenerme por el hombre más desventurado del mundo.

—Mucho confías.

—¿Y cómo no confiar cuando cuento con la protección de usted, de la marquesa del Rádío, del general Lostan y del conde de la Fe?

—En fin, siempre es bueno tener una esperanza,—añadió don Joaquín encogiéndose de hombros.

—La esperanza, querido tío, es hija predilecta del amor, y ella ha de prestarme bríos para salir airoso en mi empresa.

Y Ernesto, abrazando á don Joaquín, añadió:

—Créame usted, querido tío; no hay ninguna mujer que resista á un protector de la fuerza de este que estoy estrechando entre mis brazos. El general nos abre las puertas de su casa, nos indica el camino de llegar hasta el corazón de su hija: pues bien; yo juro á usted que Clotilde será mía. Hasta la noche, querido tío.

Don Joaquín siguió con la vista á su sobrino, y agitando la cabeza tristemente, se dijo para sí tan pronto como desapareció:

—En la creación no existe un animal más terco

que el hombre. Se empeña muchas veces en que una mujer le ame; la conduce al pié del altar sin tener seguridad de que es amado, y al poco tiempo el diablo, sonriéndose, apunta en las hojas de su libro verde: «Un matrimonio más que me pertenece.» Verdaderamente, yo soy un sábio, puesto que he permanecido soltero. Pero vamos á fumar un cigarro y á ver en qué estado lleva mi leal Zulma la última pipa.

Cuando Ernesto llegó á la escalera, se le ocurrió de pronto la idea de participar al conde de la Fe el contenido de la carta que habia recibido su tio.

Estaba citado para almorzar á las once y media: eran las once ménos cuarto. Dió orden al cochero de que le llevara lo más pronto posible á casa del conde de la Fe.

Diez minutos despues, Ernesto entraba en la biblioteca del viejo aristócrata, y le decia:

—Vengo á anunciarle á usted, señor conde, que á pesar de su carta de recomendacion y de los millones de mi tio, Clotilde no acepta mi mano.

—Pero y el general, ¿qué dice?

—El general ha escrito una carta á mi tio, en la que casi me atrevo á ver una esperanza para lo porvenir; pero en la que dice que está resuelto á no violentar en manera alguna á su hija.

—¡Bah! el general hará lo que yo quiera, querido baron.

—Dice usted eso con tal seguridad, que me tranquiliza.

—Puede usted estar tranquilo; venceremos en esta

empresa, y usted será el esposo de Clotilde de Lostan.

—No confío yo tanto como usted, señor conde.

—Hace usted mal, porque cuando uno es joven no debe perder nunca las esperanzas.

—Señor conde, si no temiera pasar á los ojos de usted por imprudente, le suplicaría me revelara el motivo que le da tanta seguridad en esta empresa.

—¡O! entonces sabría usted tanto como yo, joven.

—¡Quién lo duda! Pero permítame usted que me extrañe, y que le hable con franqueza. Yo he oído decir en otro tiempo, que el general Lostan y el conde de la Fe se batieron tres veces.

—Efectivamente, tres desafíos, en los cuales salió siempre el general Lostan vencedor, y precisamente por esos tres desafíos es por lo que creo tener una influencia tan grande sobre el general, que no se atreva á negarme nada.

—No quiero ser indiscreto insistiendo más,—dijo Ernesto.

—Sería inútil, baron, porque yo tengo la costumbre de no decir nunca más que aquello que quiero decir.

El baron pareció quedarse algo pensativo; las últimas palabras del conde de la Fe le habían hecho daño. Conocía lo bastante á aquel viejo escéptico, para no creerle capaz de ninguna accion noble y generosa. Además, Ernesto no podía olvidar, que en otro tiempo, no muy lejano, el conde de la Fe le habia tenido, por decirlo así, á su servicio, pagándole los celos que le

inspiró á Daniel y la estocada que le suministró en el lance que con él tuvo.

A Ernesto, hasta en aquel momento, no se le había ocurrido dirigirse esta pregunta:

—¿Qué se habrá hecho aquel jóven á quien llamaba su hijo el conde de la Fe, y cuyos amores con Clotilde indudablemente protegía, como trata de proteger los míos?

El baron de Labra, indudablemente sintió grandes deseos de tener una explicacion franca y clara con el conde de la Fe; pero sus ojos se fijaron en el magnífico péndulo de la biblioteca, y vió que marcaban sus saetas las once y cinco. No tenia tiempo que perder. Le esperaban el duque de San Plácido y sus amigos. Así es que se contentó con decir:

—Señor conde, desearia que me prometiese usted volver esta noche. Quiero tener con usted una conferencia, que es para mí de la mayor importancia.

—Ya sabe usted que salgo poco de casa.

—Entonces vendré á tomar café con usted á las ocho. Tengo que reunirme á las once y media con unos amigos, y no quiero pasar entre ellos plaza de informal.

—Espero á usted esta noche.

—No faltaré.

El conde vió salir al baron, y sonriéndose de un modo malicioso, murmuró en voz baja:

—Parece que á este muchacho le han acometido de pronto algunos escrúpulos. ¡Mentecato! si yo no tuviera la completa seguridad de que la única pasion que

conmueve el alma del general Lostan es su hija, y de que el baron de Labra hace la desgracia de cualquier mujer que le dé su mano, ¿cómo es posible que yo le protegiera? ¡Ah! si Clotilde y Ernesto se casan, creo que habré logrado una parte de mi venganza.

Y el conde continuó la lectura del libro, que poco antes habia dejado para recibir á Ernesto.

Las dos amigas

Blanca y Julio habian tenido una conferencia tan larga como sentida, y Blanca, alma pura y candorosa, sentia al mismo tiempo vivisimos deseos de abrazar á su hermana Clotilde, y un gran temor de encontrarse en su presencia. Aquella carta que imprudentemente habia caído en manos de Daniel, aquella carta indiscreta, reveladora del secreto de su corazón, conturbaba su espíritu, la tenia inquieta; su amor no era un secreto, ni para Clotilde ni para Daniel, y temia presentarse ante su generosa protectora, porque no la comprendiera. — ¡Ah! nunca te perdonaré, querido Julio, — le decía Blanca, — semejante imprudencia. Clotilde puede juzgarme una presuntuosa, porque me atrevo á amar á su hermano. — Tú no conoces á Clotilde, Blanca. Clotilde es uno de estos seres privilegiados que rechazan con desprecio

conmueve el alma del general. ¿Están es su hijo, y de que el baron de Ibarra hace la desgracia de cualquier mujer que le dé su mano. ¿cómo es posible que yo le protegiere? ¡Ah! si Clotilde y Ernesto se casan, creo que habrá logrado una parte de mi venganza.

Y el conde continúa la lectura del libro, que poco antes había dejado para recibir a Ernesto.

CAPÍTULO VII

Las dos amigas

Blanca y Julio habían tenido una conferencia tan larga como sentida, y Blanca, alma pura y candorosa, sentía al mismo tiempo vivísimos deseos de abrazar á su hermana Clotilde, y un gran temor de encontrarse en su presencia.

Aquella carta que imprudentemente había caído en manos de Daniel, aquella carta indiscreta, reveladora del secreto de su corazón, conturbaba su espíritu, la tenía inquieta; su amor no era un secreto, ni para Clotilde ni para Daniel, y temía presentarse ante su generosa protectora, porque no la reprendiera.

—¡Ah! nunca te perdonaré, querido Julio,—le decía Blanca,—semejante imprudencia. Clotilde puede juzgarme una presuntuosa, porque me atrevo á amar á su hermano.

—Tú no conoces á Clotilde, Blanca. Clotilde es uno de estos seres privilegiados que rechazan con desprecio

las miserias de la vida. Clotilde sabe lo que tú vales, y no te inferirá nunca la ofensa de creerte egoísta, ambiciosa. Yo también, como tú, he tenido grandes recelos, terribles temores; sé que el secreto de mi amor no lo es para Clotilde, que ella sabe que la amo, y sin embargo, hemos hecho un viaje largo juntos, y la he encontrado siempre cariñosa, siempre buena para conmigo. Cuando llegamos á Madrid, estrechó mi mano y me dijo:

«—No olvide usted decirle á mi hermana Blanca, que tengo vehementes deseos de darle un beso; y tú, sin embargo, acobardada por tus escrúpulos, por tus infundados temores, aún no has ido á verla.

—Lo confieso, Julio; me da una gran vergüenza presentarme ante Clotilde, y tengo al mismo tiempo vehementes deseos de estrecharla contra mi corazón.

—Pero ya comprenderás, hermana mía, que esta situación no puede prolongarse, que es preciso que vayas á ver á tu amiga.

—Sí, sí, ya lo comprendo, y será preciso hacer un esfuerzo.

Y como si estas palabras hubieran tenido el poder de un amuleto, llamaron á la puerta, y la criada anunció á doña Mercedes, aya de la hija del general Lostan.

—¿Lo ves?—exclamó Julio;—indudablemente viene á buscarte.

Los dos hermanos salieron al encuentro de aquella venerable señora, que les recibió, como siempre, con la

sonrisa en los labios, y entregando una carta á Blanca, dijo:—

«Esto me ha dado para usted la señorita Clotilde.

Blanca pidió permiso para leer aquella carta, que decia así:

«¿Estás enferma, Blanca? ¿Cómo no estándolo podrás disculpar conmigo tu conducta? Hace más de cuarenta y ocho horas que me hallo en Madrid, y sin embargo, no has venido á verme, á darme el abrazo de bienvenida.

»Tu conducta merece un castigo, y te lo impongo mandándote á mi buena doña Mercedes para que te traga consigo á mi casa.

»Comeremos juntas, y hablaremos de cosas importantes.

»Tu hermano Julio puede venir por tí esta noche á las once.

»Da de mi parte un beso á tu santa madre, á quien amo con toda mi alma.

»Te espera con impaciencia, tu hermana

»CLOTILDE.»

Blanca se sintió conmovida. Abundantes lágrimas brotaron á sus ojos, y la carta se desprendió de sus manos.

Julio la cogió y la leyó en voz alta á su madre, que no cesaba de murmurar en voz baja estas palabras:

—¡Es un ángel la señorita Clotilde!

Blanca, autorizada por su madre para ir á comer con su amiga, se vistió precipitadamente con su acos-

tumbrada sencillez; porque sus cabellos rubios como el oro, su semblante blanco como la nieve y sonrosado como la adelfa, sus ojos de ese purísimo azul de los cielos, no necesitaban afeites ni composturas.

Blanca, que apenas podía contener la alegría de su corazón, abrazó á su hermano, besó á su madre, y salió seguida de doña Mercedes.

Un coche las esperaba á la puerta, que las condujo en pocos minutos á casa del general Lostan.

Blanca fué introducida por doña Mercedes al gabinete de Clotilde.

Las melodiosas notas del órgano expresivo guiaron á Blanca hasta los brazos de su amiga.

—¡Ah! debería estar muy enfadada contigo,—dijo Clotilde, cubriendo de besos la blanca frente de su amiga;—pero te quiero lo bastante para perdonarte tu ingratitud.

—¡Ah! sí, sí; dices bien, Clotilde, he sido muy ingrata contigo, lo reconozco, y te pido perdon.

—Pues bien, ya estás perdonada. Pero vamos á sentarnos en aquel sofá, la una al lado de la otra, como en otro tiempo, cuando yo te hablaba de Daniel; de Daniel, que entonces era mi novio, y que hoy es mi hermano.

Las mejillas de Blanca se tiñeron con las hermosas tintas del rubor.

Doña Mercedes se habia retirado, dejando solas á las dos amigas.

—¿Qué es eso? ¿por qué te vuelves colorada como una guinda al pronunciar el nombre de mi hermano?

Blanca era una verdadera sensitiva.

Conmovida ante la pregunta intencionada de su amiga, se arrojó en sus brazos y fué á ocultar su vergüenza en el casto pecho de Clotilde.

—¡Pues estoy avia la!—dijo Clotilde, dando á sus palabras una expresión á propósito para tranquilizar el conmovido espíritu de su amiga.

Y luego, cogiendo con sus hermosas manos la encantadora cabeza de Blanca, la separó un poco de su pecho, y se quedó contemplándola y sonriéndose.

—¿Pero á qué vienen esas lágrimas?

—¿Lo sé yo por ventura? Tengo muchas ganas de llorar.

—Pues bien, llora, hija mia, llora,—repuso Clotilde,—y cuando concluyas hablaremos; yo no tengo ninguna prisa.

—¡Ah! ¡qué buena eres, Clotilde! ¿Qué he hecho yo para que me quieras tanto?

—¿Qué has hecho? Demostrarme que tú y tu hermano teneis dos almas tan bellas, como no es posible que las tenga nadie en el mundo.

—¿Olvidas la tuya?

—¡Oh! la mia no es del todo fea. Tengo bastante poca modestia para reconocerlo; pero no es tan bonita como la tuya. Y ahora que ya comienzas á tranquilizarte, vamos á hablar formalmente. Tengo tantas cosas que contarte, que á la verdad, no sé por dónde empezar.

Blanca pagó con una sonrisa las cariñosas palabras de su amiga, y dijo:

LAS FÁBULAS DE ESOPHO

Y DE OTROS EPIGRAMAS

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

EL ALOR DE LOS PADRES

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

ANTONIO DE FÁBULA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

LA CATEDRAL

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

OBRA TERMINADA

LAS FÁBULAS DE ESOPHO Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMAN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICIÓN ILUSTRADA CON MAS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS
DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS.

La opinión que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.